Ideología dominante por Euskal Herria (Siglo XIX)

VICENTE GARMENDIA *

. UNA COSMOVISION CATOLICA

Introducción

La trilogía: Dios, hombre, mundo, forma la bisagra sobre la que suele girar toda elaboración religiosa. De ahí que tengamos que concederle un análisis suficiente al centrar la ideología dominante por Euskalerría en el siglo XIX.

Es Berger quien concibe la religión como un estímulo para proseguir en su análisis y no como un remate. Tomándolo de Rudolf Otto y de Mircea Elialde, el sociólogo afirma que la religión; "es la empresa humana por la que un cosmos sacralizado queda establecido". Dicho de otro modo, religión es cosmización sacralizante. Por sagrado entendemos aquí un tipo de poder misterioso e imponente, distinto del hombre y sin embargo relacionado con él... Lo sagrado es aprehendido como algo extraordinario y potencialmente peligroso, aunque este peligro puede ser en cierto modo controlado y esta potencialidad quedar supeditada a las necesidades de la vida diaria" (1). Esta definición aporta dos aspectos a destacar. Ante todo el aspecto humano de toda construcción religiosa y por tanto la realidad de su manipulación por los hombres y después la referencia obligada a ese poder cuyas notas ayudan a configurarlo como algo extraordinario e imponente.

La clave de todo el sistema de creencias y comportamientos del catolicismo como institución humana con unos intereses precisos confiere sentido al análisis de sus contenidos. Quizá en la base de su triunfo esté una sabia distribución de la concepción imperfecta de las criaturas y su desajuste con el principio rector del universo. Por eso toda la construcción racional católica del XIX ejerce un intento de racionalizar, hacer inteligible al hombre aquella instancia sagrada con la que ha de configurar su vida (2).

(1) BERGER, P. L., *Para una teoría sociológica de la religión*. Barcelona, 1971, pp. 46 y 47.

(2) Para una visión de conjunto de toda ella, cf. CUENCA TORIBIO, J. M., *La Iglesia española ante la revolución liberal*. Madrid, 1971, 291 págs. Desde otra perspectiva pero con una visión sintética muy acertada, TUÑON DE LARA, M., *El hecho religioso*. París, 1968, 197 págs.

* Universidad de Burdeos III

También en el catolicismo propicia Berger subyace una "actitud fundamental, en sí misma irracional... Esta actitud es la de abandonarse al poder ordenador de la sociedad". En torno a este carácter *irracional* que elige y apodera la elaboración de lo religioso se perfilan las dos concepciones opuestas que lucharán a lo largo de todo el siglo y aún del nuestro. Por un lado, los que acentúan la carga de protagonismo de la vigencia eterna y por otro los que reclaman el primado de la razón en sus cuadros de valores.

1.1. Trilogía dominante

—DIOS

—Su naturaleza

Pastorales, sermones, folletos, libros, actitudes —cotidianos, vitales, inmediatos— al describir el poder misterioso que rige los destinos del mundo, dan por sabida su trascendencia en relación con las capacidades del hombre. Así, desde su misterio inaccesible, Dios se constituye en estímulo para el escepticismo del hombre y, hasta consanguíneo y satisfecho, le impone su poder ilimitado. Por eso, la escarmentada y dolorosa piel del hombre debe ponerse a disposición de la generosidad divina. Es decir, todo lo que rodea al hombre encuentra su razón de ser en los misterios de la voluntad de Dios. "Por sí solo —observa Portero Molina— el individuo es incapaz de encontrar la verdad de los acontecimientos, de las cosas y de su misma vida, y para hallarla debe recurrir a Dios, quien a su vez no se la ha de desvelar sino parcialmente y según sus designios, designios que no debe pretender el hombre indagar, por inoportuno y estéril, sino simplemente aceptar con el absoluto convencimiento de que son los más adecuados para su salvación" (3).

Empapados de este carácter inconmensurable de lo sacro se presentan todos los textos de la época. Un ejemplo entre mil puede ilustrar cuanto decimos: "...Todos los juicios de Dios son en verdad infalibles y ellos mismos la prueba más convincente de su rectitud. De aquí es que sin introducirnos a investigar su absoluta incomprensibilidad, debemos, como San Pablo, con respetuosa admiración venerarlos, y a ejemplo del Santo Rey David, temerlos sin lamentarnos de su terribilidad formidable. Y a la verdad... ¿quién comprenderá el por qué ha criado Dios al mundo del modo que lo hizo, y por qué lo gobierna y lo conserva en los términos que lo ejecuta? ¿No es éste, para nosotros, un arcano

(3) PORTERO MOLINA, J. A., *Púlpito e ideología en la España del siglo XIX*. Zaragoza, 1978, p. 23. Tenemos muy en cuenta la estructura del trabajo de Portero a la hora de calzar el nuestro, aunque estirándolo y adaptándolo al País Vasco más en concreto y echando mano de autores más nuestros.

profundísimo y del todo impenetrable?... ¡Ah, que los juicios de Dios son para nosotros, no menos investigables que terribles! Seríamos sin duda muy culpables si quisiésemos examinar sus motivos, o disputarle las facultades con que lo hace" (4).

Así pues, los hombres de iglesia inculcan un Dios distante, cuyos planes más o menos misteriosos a la jerarquía eclesiástica le compete desvelar, exigiendo a rajatabla a sus fieles veneración temerosa y sumisa. El concepto de hombre inscrito en la cosmovisión católica mecha de pasividad su vida, considerándole como mero receptor de cuanto Dios tenga a bien enviarle.

— Impuesta por la creación

Para la ideología católica, la naturaleza que rodea al hombre se convierte en satélite de la existencia de ese ser providencial y superior, cuya acción todopoderosa, a falta de explicaciones menos espectaculares, no debe pretenderse. "¿Puede el hombre levantar su vista a los cielos sin asombrarse de su incomprensible grandeza, de la multitud y resplandor de los astros que en él brillan y de la rapidez y regularidad de sus periódicos movimientos? ¿No anuncia todo la mano omnipotente que los fabricó y la sabiduría infinita que los gobierna? ¿Puede poner los ojos en la tierra, sin admirarse de la prodigiosa fecundidad de sus senos, de la variedad y utilidad de sus producciones, de la hermosura de los colores que la adornan y de las riquezas y maravillas que en sí contienen?... ¿Puede, digo, la criatura racional mirar tantos prodigios, sin reconocer la omnipotencia y sabiduría de Dios que todo lo cría, todo lo dirige y todo lo conserva?". Para el *baserritarra* y, en general, para el campesino de Euskalerría, tan fuertemente vinculado al campo por su trabajo, la naturaleza cuenta las acciones de un ser infinitamente sabio y poderoso, que la creó, la conserva y la explica. Detrás de ella, —autónomo y distante— permanece ese ser, que, por el hecho de permanecer, no necesita explicación alguna (5).

Pero la consideración quieta del hombre, en su naturaleza, al comenzar por preguntarse sobre su origen y constitución como persona, sostendrá una fe devota y lógica en ese ser superior que sobrepasa la mera contribución material que aportan los padres. Se supone que El y sólo El hubo de concebir en su mente y determinar después su nacimiento. Teñido de los matices de la época se presenta así el razonamiento; "¿Acaso nuestras madres colocaban en su seno los miembros de nuestro cuerpo con aquel orden y relación admirable que en si tienen? ¿Conocían ellas

(4) SANTANDER, M., de, *Biblioteca de Predicadores o Seminario escogido de las obras predicables de Cochin, Chevassu, García, González, Trento y otros*, recogidos por D. Vicente Camús, tomo I, París, 1846, pp. 86-87.

(5) Un estudio ya clásico sobre estos aspectos, en SORAZU, E., *Antropología y religión en el Pueblo vasco.* San Sebastián, 1979, 365 pág.

siquiera esta relación, esa delicadeza, este orden y esta dependencia de los miembros de nuestro cuerpo?... Ignoraban el por qué y el cómo se hacía esto: y mucho más ignoraban qué cosa sea, de dónde vino y cuándo, este espíritu que nos vivifica, esta alma que nos anima; y cómo de dos cosas tan diferentes se hace un mismo todo, esto es, un solo hombre. Nuestros padres no hicieron esto, otro sin duda alguna lo hizo. ¿Quién lo hizo sino Dios? Luego Dios existe" (6).

— Urgida por la aspiración de felicidad

A una emoción casi estética ante la creación, como primer paso de acceso a Dios, la ideología católica suministra una vía mucho más profunda que reclama con fuerza la existencia de Dios y graba en sus fieles el sentido de absurdo y caos que su ausencia produce en la humanidad. Tal ideología pretende redimir el tópico de la consabida aspiración a la felicidad de todo ser humano, consiguiéndolo en gran medida. Incontrastable es el hecho que esta aspiración difícilmente se consigue, y, aún alcanzada, es tanta su fugacidad que ya en sí lleva el germen de la infelicidad. Una paciente recolección de experiencias le demuestra a todo hombre una situación rodeada de miserias que, de no ser por la fe en Dios, desembocaría en la nada. Al desarrollarse esta vida entre la contingencia y la necesidad hay que remitir a otro instancia "ultramunda" el logro de esa felicidad, que se le niega en la tierra.

Con estos juicios, envolventes como la placenta, caminaban los clérigos por Euskalerría, por encima y por debajo de cualquiera de otra idea y riesgo. El prontuario de sermones, recogido por el P. Santander, asimila y ofrece la enseñanza de estos y otros tópicos así: "De hecho, supongamos por un momento que no haya Dios y preguntemos si le sería útil al hombre que le hubiera. Pero ¡ay!, ¡qué lengua de ángeles ni de hombres podría explicar los infinitos bienes que le resultarían y los innumerables males de que se vería el hombre libre habiendo Dios!... ¿Quién es aquel hombre, antes tan rico y ahora tan pobre?, ¿antes tan robusto y ahora tan débil?, ¿antes tan respetado de su pueblo y ahora insultado de sus amigos?, ¿antes lleno de bienes en su casa y ahora tendido en un muladar? El santo Job... ¿Por qué no se irrita con sus gravosos amigos?... ¿Por qué no maldice su desventura?, ¿por qué no se desespera para acabar de una vez con el cúmulo de sus desgracias? Porque pensaba que Dios existía... Clama al Señor en su tribulación, y es oído; pide y es socorrido; y sin que comprenda los medios de que se vale la divina Providencia para su alivio, le siente y experimenta" (7).

(6) SANTANDER, M. de, *Biblioteca de Predicadores..*, o.c., p. 80.
(7) Idem, p. 68.

No se alude al buen tuntún por el predicador a una u otro clase social en su necesidad de Dios, sino que, sobre todo, se pretenden evitar confusiones. El cuadro de desdichas que a cada uno corresponde en la vida, exige una compensación que las repare y supere. Naturalmente su consecución se desplaza a la otra vida, con que aquella se revaloriza en sumo grado (8).

— Requerida por la vida en sociedad

El tercer motivo por el que al hombre se le hace necesaria la presencia de Dios deriva de su vida en sociedad. De alguna manera aquí se prefiere la atroz ortopedia de la sociedad sobre la misma naturaleza, cegando a su vez de alguna manera una de las fuentes de la felicidad. Pero no importa para esta ideología, pues se substituye por el hecho objetivo de la codiciada vida en sociedad. Ella requiere para su buen funcionamiento orden y autoridad y con estos corsés se debe asimilar e interpretar la realidad. Razona Portero Molina: "sabido es que de nada serviría constituir a cada hombre en su única autoridad y en juez de sí mismo, puesto que al momento sus pasiones dominarían a su equidad; tampoco se arreglaría nada por el simple hecho de que un grupo de ciudadanos cediesen parte de su libertad a uno de ellos para que ejerciese el mando sobre los demás, pues al poco tiempo el mando degeneraría en tiranía y la obediencia en rebeldía. Sólamente un ser superior a todos y perfecto en sus atributos podría garantizar el orden, la autoridad y la justicia que precisa la vida comunitaria, y este ser es Dios, de cuya ausencia sólo pueden derivarse el caos y la anarquía como la historia lo ha demostrado sobradamente".

A voces y sin tapujos la ideología católica advierte que todo lo que el hombre percibe y necesita está consumado. Junto a sus fracasos, el descanso de la presencia de Dios. Por ella, embajadora permanente y consanguínea, cobra sentido la presión totalizadora del hombre. Lo expresaba así uno de los predicadores citados: "No hay Dios. Nosotros adornados de un saber profundo, de un genio extraordinario y de un talento delicado y fino, os lo aseguramos... Así habla el ateísmo... ¿No hay Dios? Luego no hay ley eterna, ni ley civil, política, eclesiástica, ni militar que obligue en

(8) Típica de toda una época es la predicación incisiva por toda Euskal Herria de clérigo tan significado como Vicente Manterola, de reconocido influjo en el catolicismo vasco de su época sobre todo. Sobre él escribimos ya hace tiempo, *Vicente Manterola, Canónigo, diputado y conspirador carlista*. Vitoria, 1975, 267 págs. Sobre la transmisión de esta ideología y una cata primera sobre el periódico católico-carlista de Manterola y clérigos cualificados de la diócesis de Vitoria, cf., EXTRAMIANA, J., *De la paz a la guerra: aspectos de la ideología dominante en el País Vasco, de 1866 a 1873*, "Boletín Sancho el Sabio", 20 (1976), pp. 7-89. Posteriormente, con fuentes de primera mano, RODRIGUEZ de CORO, F., *Revolución burguesa e ideología dominante en el País Vasco (1866-1872)*. Vitoria, 1985, 328 págs.

conciencia. No hay tal conciencia ni alma inmortal... ¿No hay Dios? Luego falta el primer legislador que ha dado a los reyes la potestad de reinar, a los legisladores la de formar leyes justas: luego no hay virtud ni vicio en las acciones morales de los hombres, ni premios ni castigos eternos; la religión es un fantasma que aterra a los simples; el interés personal o gusto de cada uno, es el móvil del corazón humano: los soberanos no reinan en nombre de Dios, porque Dios no existe: ellos son unos tiranos que oprimen a los pueblos, y cuando el interés del particular lo pida, puede y debe quitar de enmedio esa autoridad que le incomoda; y si ocultamente no se halla con proporciones para realizar sus deseos, puede agavillar a sus semejantes, y a mano armada y a fuerza abierta, derribarlos y acabar con ellos" (9).

— Con providencialismo

O sea que de la presencia de Dios es imposible huir. Es congénita, según esta ideología católica, con el hombre: casi como su lazarillo, su pilar, su ruta de júbilo, su casa, su primogenitura, su descendencia toda y única. El hombre habita en un concepto de Dios dueño absoluto de todo, por lo que lo único sensato se reduce a obedecer, temer, recibir e ignorar, reconociendo a la vez la conveniencia de tales actitudes. La sabiduría histórica de estos argumentos se ha ido confundiendo década tras década a lo lardo del siglo XIX, fundiendo siempre una extrema grandiosidad de Dios con una triste condición del hombre. El historidador Antonio Elorza, al estudiar los rasgos que configuran la mentalidad reaccionaria en los últimos años del Antiguo Régimen, destaca como uno de ellos, quizás el de mayor relieve por su contenido, el del pesimismo ideológico así: "La base del pensamiento reaccionario consiste —recalca— siempre en una valoración negativa de la libertad humana: dejado asimismo, el hombre no puede impedir el desencadenamiento de las pasiones que le inclinan al mal, tanto en el plano moral como en el político o religioso" (10).

Pues bien, el origen religioso de esta valoración es un hecho que implica y compromete cualquier tipo de concepción reaccionaria. Más todavía, las configura durante todo el siglo. Porque, aún cuando el Dios de las clases medias y el de la burguesía enriquecida, contemple con complacencia el progreso de los hombres, su trabajo, sus faenas de afirmación y luchas, aparece siempre la misteriosa providencia, "sin la que nada de esto hubiera sido posible, y cuyas profundas motivaciones ni pueden ni deben intentar conocer, ni por supuesto desdeñar, sino simplemente aceptar en sus consecuencias, buenas o malas, reconociendo la imposibilidad de evitarlas o cambiarlas".

(9) PORTERO MOLINA, J. A., *Púlpito...*, o.c., p. 27.

(10) ELORZA, A., *La utopía anarquista bajo la segunda República española.* Madrid, 1975, p. 31.

– HOMBRE

– *Ser ínfimo e imperfecto*

Pese a los maquillajes de la vida, en esta ideología dominante en Euskalerría, la realidad del hombre consiste en ser un ser ínfimo e imperfecto. Dejado de la mano de Dios ofrece para sí mismo el más insufrible aspecto. En la predicación de todo el siglo XIX se apela con énfasis a las sedicentes fuerzas divinas, ante las que el hombre abdica de sus derechos de elegir y aún de su responsabilidad por haber elegido. El auténtico tejido del ser humano, tan semejante al tejido que cada día Penélope destruía para volver a tejer, en párrafo dieciochesco, sonaba así: "¿Qué débil y flaco es el hombre mirado en sí mismo! Todo le espanta; el menor estorbo le embaraza; las dificultades más pequeñas le amedrentan. Si le consideramos en el trato con los hombres, los teme; si luchando con los demonios, le vencen; si adorando a Dios, no osa mirarle: es el juguete de las pasiones, el cebo de los elementos y el blanco de los contratiempos. El frío le arredra, el calor le abrasa, y el aire mismo que respira, le mata. Los alimentos le son nocivos, el agua le daña y las medicinas se le convierten en venenos. Las enfermedades le persiguen, los dolores le consumen y las desgracias le afligen; si va por mar se anega, si por caminos, le roban (...) ¿Qué es esto, gran Dios? la obra que tan hermosa fabricaron vuestras manos, expuesta a tantas vicisitudes y contratiempos".

Estas y otras palabras parecidas, lanzadas por los cuatro costados de Euskalherría, corroboraban la exactitud de lo que los predicadores decían. Cada cual sentía sobre su hombro el peso de sus limitaciones. Pero la habilidad de los eclesiásticos manejaba al llegar aquí la sobada demagogia de que Dios tenía pensado para el hombre un destino diverso, pleno de gozos. Pero él, en Adán, había provocado la ruptura de relaciones y así había labrado su desgracia en la instancia supramundana de la religión. Así, como por arte de magia, cualquier hombre tenía ante sus ojos la explicación profunda de sus males, tan fuera de su alcance: "El hombre fue criado para el cielo –se razonaba– es verdad: pero si bien nunca hubiera podido subir a ocuparlo por solas las fuerzas de su naturaleza, por su pecado, se hizo todo inhábil, absolutamente incapaz de poseerlo. Ni la vida más inocente, ni la virtud más sublime, ni el sacrificio más heroico, nada podría merecer la revocación del fatal decreto fulminado por la Providencia infinitamente justa de Dios, contra la descendencia de Adán por el pecado de este primer hombre" (11).

(11) GONZALEZ, J., en *Biblioteca de Predicadores o Sermonario escogido de las obras predicables de...*, tomo IX, p. 307.

—Sometido a la prueba y al pecado

Así concebido, "el hombre, vil insecto... el hombre, ese polvo orgulloso... el hombre, esa criatura heredera del infierno... el hombre, ese ingrato rebelde del Espíritu Santo", a bien poco puede aspirar, porque todo aquello a lo que tenía derecho por su origen, su culpa se lo llevó, dejándole maltrecho y obligado a resignarse en situación de prueba y llevándole, además, una y otra vez al pecado que le convierte en perpetuo acreedor a las muchas desgracias que padece.

Pero las desgracias más decisivas, en la que la cosmovisión católica más repara son sin duda las espirituales, que se compendian en la condenación eterna. Por eso el clero solicitaba de los fieles, hasta con vehemencia, que vieran tras cualquier infortunio los efectos del pecado. "Ya se trate de la muerte de una persona próxima —añade Portero Molina— ya de una guerra, ya de un traspiés económico, lo que configura la actitud religiosa de quien participa de la construcción católica, es que identifique cada acontecimiento con el castigo que debe pagar por su culpa o por la de sus antepasados. De esta manera no tiene sentido atribuir el mal a instancias humanas y en consecuencia su eliminación o reducción queda enteramente pendiente de una voluntad, la de Dios, que él, no puede manipular, y que tiene sobrados motivos para hacer duradero el castigo, mientras el hombre viva".

Entonces la llamada de atención se encaminaba hacia cualquier tipo de pecado, pues cualquiera es suficiente para desencadenar una serie interminable de calamidades que el hombre padece o puede contemplar a diario. Así se explica la comezón que mueve a escribir, hablar, exhortar... al clero sobre los males de la lujuria con tanta reiteración, de la gula, de la simple inmodestia en la forma de vestir o el hecho de no santificar las fiestas de guardar. Sobre este ultimo particular se razonaba así: "He aquí, señores, las consecuencias a que os exponen la trasgresión de los días festivos y la profanación de los templos. Según las escrituras, el castigo de semejantes crímenes no sólo es temporal, es decir, la carestía, el hambre, la esterilidad de la tierra, la guerra, la peste y demás aflicciones que nos oprimen; sino también el espiritual y eterno, éste es, la privación de la gracia, la impenitencia, el olvido de Dios y la privación de su vista en una eternidad de tormentos" (12).

(12) PORTERO MOLINA, J. A., *Púlpito...*, o.c., p. 35. No podemos olvidar el denso trabajo sobre los finales del "Antiguo Régimen" de MARTINEZ ALBIAH, A., *Religiosidad hispana y Sociedad borbónica*. Burgos, 1969, 675 págs.

– MUNDO

– Ocasión de peligro

Por lo que se refiere al tercer componente de la cosmovisión católica: el mundo, se presenta como un conjunto de ocasiones de peligro, lo que unido a la debilidad humana hace que en él "ningún hombre pueda vivir exento de pecado", de manera que para todos queda justificado el castigo y todos necesitan de él, porque únicamente soportándolo con resignación se logrará el cielo. La ideología católica al llegar aquí, se refina –piensa que se refina– y para la realidad de los compromisos sociales de las revoluciones industriales, empeora, pues se amanera, emigrando a otros horizontes, nada menos que celestes.

De un concepto de mundo, minado por su maldad, la ideología católica no sólo recela de él, sino que se apea y, más aún, renuncia a él. De esta manera brota una subsiguiente consecuencia: su fugacidad, la otra evidente manifestación de su imperfección. Ese mundo, verdugo de nuestros deseos, nos tiraniza, al no proporcionarnos más que satisfacciones limitadas y caducas. De aquí que carezca de todo interés el preocuparse por alcanzarlas y empeñarse en su búsqueda. Es decir, la ideología dominante de Euskalherría, nos reconduce a la vieja consideración de que toda la naturaleza posee un principio y un fin, de la que no se sustrae la vida del hombre, como su experiencia lo demuestra. Por ello, en esta dirección, la muerte viene a ser la circunstancia más apropiada para convencerse de todo lo dicho. El *Año cristiano* –anegante y plomizo–, pero de reconocida influencia en las poblaciones vascas, observaba: "La muerte quita la máscara a todos los objetos criados y hace caer el encanto y el disfraz. No hay punto de vista más bello que el lecho de muerte; desde allí se ve que el nacimiento más ilustre, que el cuerpo más alto, que la dignidad más vistosa, que los placeres más lisonjeros, que los más ricos tesoros, que la propiedad más risueña, nada tiene de sólido, nada tiene de estable, nada que pueda satisfacer... Pero a la hora de la muerte, disipadas todas las tinieblas, pareciendo todas las criaturas sin máscaras y sin coloridos, estando libres la razón y la Religión, los más impíos piensan del mismo modo que los hombres de bien..." (13).

1.2. Fe e Iglesia

– Una sola fe

La fe, según los tratados apologéticos del siglo XIX tenía mucho de "asentimiento racional, fundado en testimonios evidentemente creíbles". Con el cardenal de Santiago, García y Cuesta,

(13) *Año cristiano*, tomo I, p. 496.

en sus *Cartas* al periódico *La Iberia*, ya a mitad del siglo, se llegará a firmar que se puede tener más certeza de las verdades católicas que los geómetras de sus teoremas. Y canónigo tan representativo del carlismo como el donostiarra Vicente Mantero-la llegaría a exclamar en el mismo congreso de diputados que: "A Dios se le demuestra, y la razón natural tiene pruebas robustas, convicentísimas, para demostrar hasta la última evidencia la existencia de Dios" (14).

Así pues, la religión no será entonces algo ajeno a la naturaleza humana, sino sobre todo y por encima de todo, parte esencial de la persona, certificando la historia y la experiencia su irremediable necesidad. Sobre el individuo y la sociedad brilla lo sagrado como horizonte referencial de todas sus acciones. Con esta botonadura el primer paso estaba dado. Después, en un segundo momento, con una evidencia imparable se trataba de elegir entre todas las religiones a una sola, como la única capaz de asumir el camino hacia lo sacro. No era cuestión de matices, sino de esencias y sólo el carlismo lo conseguía. Sólo él poseía la verdad de Dios y por lo tanto los demás aparcaban en el error, eran el error.

A esta indiscutible verdad de la ideología católica colaboraban con mucha eficacia los medios de comunicación del momento: predicaciones, argumentaciones históricas o filosóficas, pastorales, folletos, libros de divulgación... interesándoles, al parecer, más la cantidad que la calidad, pero en última instancia y ante la ineficacia del raciocinio humano para captar algo que en definitiva por propia esencia es incomprensible, apelar al "principio generalmente recibido (de) que cuando las cosas son claras y manifiestamente ciertas, no necesitan de prueba alguna". El principio de la verdadera religión penetraba toda la elaboración católica y la consecuencia de esta exigencia era que sólo la católica garantizaba el recíproco comercio "entre cielo y tierra", atestiguándolo la razón iluminada por la fe, como la *Biblioteca de Predicadores*, colección muy al uso por los clérigos, decía: "Preguntémonos pues a la razón y escuchemos su respuesta. Hay un Dios, me dice ésta, justo, eterno, sabio y omnipotente: añade también que, siendo y del todo cierto que hay un Dios, debe haber también una religión para darle culto; y que si hay una religión debe ser revelada y que esta religión divina que Dios ha revelado a los hombres es la Religión católica, apostólica y romana. La razón habla y dice: que la existencia de un Dios demuestra la necesidad de una sola religión, primera verdad. La existencia de una sola y

(14) *Diario de Sesiones del Congreso de Diputados*, 12-IV-1869, tomo II, p. 977, 2.ª columna. Además de nuestro trabajo sobre clérigo de tan reconocido influjo en Euskal Herria, también trabajó, con mano maestra, sobre él y su actuación en las Constituyentes de 1869, PETSCHEN, S., *Iglesia-Estado* Un cambio político. Madrid 1975.

verdadera religión demuestra la necesidad de una revelación divina, segunda verdad. La existencia de una religión revelada demuestra este carácter en la Religión católica, apostólica, romana".

– Como posición de clase

Entonces la fe era, para esta ideología, la garantía del misterio religioso y la entrega sumisa, cuando no acrítica a unos designios que se desconocía, pero que la jerarquía eclesiástica transmite. De aquí que no sólo el instrumento con el que se llevaba a cabo la vinculación de lo sagrado se revistiera de ese carácter, sino también los individuos a los que está confiada tal misión o son sus depositarios, también resulten sacralizados y como tales debieran ser considerados. Su presencia y misión cuenta tanto como la del mismo Dios, ya que sin ella la comunicación entre lo sagrado y el hombre sería imposible. El célebre *"fuera de la Iglesia no hay salvación"*, esculpido en todas las fronteras del siglo, endurecido y avariento, se transmitiría y extendería al futuro sociocultural, al que jamás se será indiferente.

La posesión de esta certeza, triunfando sobre cualquier otro empeño, exigía al creyente, la absoluta sumisión a su palabra. Más todavía, si el creyente lo era de verdad, aceptaba sus mandatos por el mero hecho de serlo, independientemente de su acoplamiento o coincidencia con su voluntad. Pero es que en su línea de razonamiento, la posesión de la verdad constituye motivo más que suficiente para mostrarse autoritaria –admirada, amada o temida– porque ella lo sabe todo y el creyente no precisa descubrir ni investigar nada para salvarse. Infinitos eclesiásticos vascos razonaban como el predicador Reig: "Se acusa a la Iglesia de intransigente porque no transige con el error. ¿Puede la verdad transigir con el error? ¿Puede la Iglesia católica, depositaria de la verdad divina, hacer traición al sagrado depósito que Jesucristo le ha entregado? No y no".

Los intentos de clarificación llegaban demasiado lejos, al derivar de la misma naturaleza de la Iglesia la necesidad de su intolerancia. Dejemos la palabra al enfebrecido P. Alvarado: "De qué tolerancia hablamos, ¿de la otra religión o de la de las personas que tienen la desgracia de profesarla? Si se habla de la tolerancia de otra religión, la católica es tan intolerante como la luz lo es de las tinieblas, y la verdad de la mentira. Y en esa intolerancia se distingue de las religiones todas que deben su creación a los hombres". Y con bramido de iluminado de la intolerancia pasaba a la violencia con bastante antipatía así: "La Religión es una ley fundamental de donde toman arranque las leyes fundamentales. ¿Qué se debe hacer con el que adultera la moneda de que nos servimos para comprar aquello de que hemos de vivir? Quemarlo, nos dirán, como se hace en España, o hacer cosa peor con él como en otras partes. Pues señores míos, la fe es

tan necesaria para vivir eternamente como la moneda para comprar lo que se necesita para una vida que mañana se acaba".

2. ENFRENTADA AL ESPIRITU DEL SIGLO

2.1. Contra la razón

—La razón revolucionaria

Toda la cosmovisión católica se impone al vasco, creyente en su inmensa mayoría, con una presencia, cuyas motivaciones y raíces superan por completo los límites de la razón humana, estableciéndose cómodamente en una instancia que sólo es perceptible a través de la fe.

Las cosas como son. De la mano de la fe, puede la razón alcanzar, aunque particularmente las verdades religiosas, pero sin ella, todos los esfuerzos por homologados que parezcan resultarán vanos, pagando caro la vanidad de su audacia. Es decir, cualquier aspiración, creación o descubrimiento en torno a cualquier tipo de cuestión mundana adolecerá de méritos, al no ser asumidos por las referencias sagradas. Por ello, la razón revolucionaria que desde Francia por delegación lenta, pero reiterada, ha ido ocupando un lugar en sectores vascos cualificados, se convertía así en el peor enemigo del catolicismo. No digamos el influjo de esta razón revolucionaria instalada con descaro en los gabinetes ministeriales del conde Toreno o de Mendizabal, de Calatrava o de Isturiz, de Bardaxí o de Ofalía desde Madrid. Aquí, su persecución legislativa, preocupada en la merma de los patrimonios eclesiásticos, llegaba a afectar considerablemente en el aparato externo de su institución (15).

De todas formas la peor salida de tono de la razón revolucionaria, para la ideología católica dominante, no era esta última institucional, sino la que afectaba a los entresijos de la verdad. La que asolaba el tesoro de dogmas y doctrinas, transmitidos por la jerarquía, amenazándoles con su extinción. De esta última sí que había que guardarse. Después de inventar la revolución, ésta era como pasar dos veces sobre el alma del catolicismo. El juicio certero de Portero Molina así lo ve: "Se quiere acabar con la religión porque los enemigos saben que ella es el soporte del orden establecido, y se quiere llevar a cabo su destrucción negando la verdad de su Dios, de su fe, de sus hombres, de sus exigencias y de sus fines, y en su lugar se pretende implantar un

(15) Sigue siendo válida la cita histórica de CUENCA TORIBIO, J. M., *La Iglesia española ante la revolución liberal.* Madrid, 1971, p. 15-69; Id., *Estudio sobre la Iglesia española del XIX.* Madrid, 1973. No podemos olvidar, para el mismo período, CARCEL ORTI, V., *El liberalismo en el poder (Historia de la Iglesia en España)*, tomo V. Madrid, 1979, pp. 115-225.

sistema, un conjunto de conocimientos adquiridos por el solo esfuerzo de la razón, lo que viene a ser tanto como prescindir de la dimensión espiritual que distingue al hombre del bruto y al católico del hereje y del pagano. Y como consecuencia se trata de instaurar un orden, o mejor un desorden, en el que cada uno piense y actúe como quiera, sin autoridad, sin leyes y sin otros fines que los de ser, a toda costa, felices en este mundo".

2.2. Enjuiciadora de la verdad

Así pues, la cosmovisión católica arrebata a la razón secularizada la capacidad de construcción de algo conveniente para la naturaleza humana. De hecho, el enigmático intento de la razón por superar sus limitaciones ha desembocado en revolverse contra el hombre. Para lograr sus objetivos pensaba aliviar su curiosidad poniéndolo todo en cuestión para después interpretarlo a su antojo, negando aquello que le convenía porque estrechaba el ejercicio de sus pasiones. Así, partiendo de esa presunta honestidad de su autonomía y capacidades, del enriqueciente derecho a conocerlo todo y auscultarlo todo, llegaba a construir una filosofía, una moral, una política y una economía racionalistas.

Lo imperceptible, a través de lo lógico, lejos de resignarse a su suerte, desplazaba el absoluto de Dios, sustituyéndolo por el azar. La frágil razón, falta de sí, tras negar a Dios, que era el soporte de la religión, negaba la dimensión sagrada del hombre y establecía de forma irreversible que la muerte liquida la esperanza. Finalmente, los partidarios de la razón, después de pasar por estos y otros depredadores argumentos, establecían que lo decisivo no eran las doctrinas sino las acciones, igualando a los católicos con los que no lo eran.

Pues bien, para la ideología católica, imperturbable y coronada por el magisterio episcopal, había que guardarse de la curiosidad que con indócil orgullo concluía en el conocimiento verdadero al hombre. La *Biblioteca de Predicadores* se resentía así de ella: "Yo no hablo, amados míos, contra esa santa curiosidad: hablo sólo y comprendedlo bien, contra aquel deseo inmoderado de ver y conocer muchas cosas sobrenaturales y sublimes que no nos pertenecen... En este sentido, vuelvo a repetirlo, la curiosidad es un obstáculo a la fe". Ya la carta pastoral del obispo Andrés Aguiar en 1802 había pregonado: "El deseo de saber, que casi es innato en el hombre, degenera fácilmente en vicio, si la razón o la virtud no lo moderan. La demasía en él, es sin duda pecaminosa".

La denuncia censora de la ideología católica señalaba con largueza como el mayor de los peligros, el que el hombre quiera conocer las cosas penetrando en su existencia, como si eso pudiera aplicarse a lo religioso. Elevaba el hombre así a la razón a la categoría de enjuiciadora de la verdad, ratificando su certeza a todo lo que no escapara de sus posibilidades. Marcaban con énfasis los clérigos: "Pero ¡ay!, vivimos en unos días malos y el

orgullo de la razón no quiere doblar su cerviz, sino a la vista de las demostraciones" (16).

2.3. La filosofía como charlatanería

Rafael de Vélez en su *Diccionario razonado o Manual para inteligencia de ciertos escritores que por equivocación han nacido en España*, publicado en 1811, daba la definición siguiente, referida a los filósofos y a la filosofía, muy asequibles a todos los entendimientos: "Filósofos: los más finos son los que hacen alarde de no reconocer ley alguna divina y procurar rasgar y aún destruir todas las leyes humanas. Filosofía: ciencia del charlatanismo, o sea fluxo de hablar de todo sin entender de nada. Es muy común en nuestros días y versa comúnmente sobre materias de Religión, que descifra, con una risita, un gesto o un ademán de desprecio". Parecidas opiniones muestran los clérigos, en sus medios de influjo, sobre los encubiertos propósitos de los filósofos. Entresacamos del tomo 10, de la *Colección eclesiástica*, una cita entre mil, donde en encendida pastoral, se derrochan raudales de dicterios contra los filósofos de esta manera: "Estos infames seductores, injustamente se glorían con el nombre de filósofos: porque la filosofía es el amor a la verdad, y sus escritos y palabras estan llenos de seducción y de mentiras... En ningún tiempo fue tan necesario precaver a los cristianos contra la ponzoña de los malos libros como en el presente, en que se multiplican las más infames producciones, en las que bajo de las rosas de un estilo bello y elocuente, se esconde el áspid de la lascivia y la irreligión... El fin que se proponen estos autores de tan perniciosos escritos es el de aniquilar, si pudieran, nuestra sagrada Religión".

Resulta evidente que la filosofía a la que la Iglesia se refiere es la filosofía ilustrada, cuyas ideas básicas, libertad, igualdad, derechos humanos, representatividad, elaborados en el marco de la razón, contrastan notablemente con la libertad, jerarquía, autoridad y derechos de los hijos de Dios.

Distantes y enaltecidos los hombres de iglesia se opondrán sobre todo a todo tipo de ideas, nacidas de la sola razón y a sus consiguientes sistemas filosóficos concretos, como el positivismo, el materialismo o el krausismo, sin que varíe el sentido de su crítica y sin prodigarse excesivamente, debido al carácter no académico directamente de sus géneros literarios. Convenía señalar, en fin, el distanciamiento de la ideología clerical, que a unos parecía desdén y a otros sosería. A nosotros nos interesa señalar el juicio negativo que a esta ideología le merecía la filosofía como

(16) SANTANDER, M., de, en *Biblioteca de Predicadores o Sermonario escogido de las obras predicables de...*, tomo IV, p. 240. Como retrato de toda una época conviene mirar obras de este mismo autor como: *Sermones panegíricos de varios Misterios, Festividades y Santos* (Madrid 1813), *Sermones dogmáticos* (Madrid 1805), *Doctrinas y sermones para misión* (Madrid 1800).

obra de la razón y elaboración que cuestionaba las creencias religiosas. Se pretendía colocar a cada cual en el sitio que le correspondiese. El maniqueísmo enaltecido y pleno quedaba canonizado.

—La ciencia como disfraz

Ocurría con la ciencia lo mismo que con la filosofía, es decir, se encontraba dificultad en deslindar los límites exactos de aquélla. Pero, una vez más, acapara nuestra atención y nos interesa el sentir de la ideología clerical, que define a la ciencia o a las ciencias por el instrumento de trabajo que utilizan: la razón. La descripción del término por su parte se resiente de notable confusión al respecto, pero acrecentando la dicotomía entre el mundo científico y la ideología católica. Una cita de finales del siglo XIX, valedera también para nuestro período, confirma cuanto venimos afirmando. Suena así: "El primer término que se nos ofrece alterado por ellos es el de la Ciencia. He aquí el disfraz más antiguo que los hijos de las tinieblas, siguiendo a su príncipe Satanás, han empleado hoy, y usarán en adelante, como uno de los más a propósito para seducir al hombre, siempre curioso y amigo de saber, siempre atraído por la novedad, especialmente si lisonjea su orgullo o su independencia, sus apetitos o su amor desordenado de sí mismo... Y, en efecto, bajo la salvaguardia de esta palabra se han cobijado toda clase de errores y vicios, y en nuestro tiempo se cubre con él esa abigarrada multitud de teorías y sistemas inventados por la razón autónoma, independiente o más bien delirante, para saberlo y explicarlo todo. Los sistemas que excogitaron los racionalistas partidarios del idealismo trascendental de Alemania, trasladados a nuestra patria y propagados en los establecimientos oficiales de enseñanza con la denominación general de krausismo, hasta los errores materialistas y positivistas en que sólo se admite la existencia de la materia, de las cosas que se pueden percibir por los sentidos y de las fuerzas que en ella se desarrollan, todos están comprendidos en el común denominador de la ciencia" (17).

El planteamiento y elaboración ideológica sobre la ciencia por parte del clericalismo se basaba, crecía y se limitaba por las verdades de la fe. Por tanto, toda cuestión científica que podía poner en duda cualquier presupuesto religioso y a veces hasta sus menores matices, debía ser evitada en nombre de la verdadera ciencia, que era la religión y la religión católica. Los logros entonces de toda ciencia eran condenables por sí mismos, resultando provechosos tan sólo, cuando se ordenaba en referencia a Dios y al fin principal del hombre.

(17) CASAS Y SOUTO, P., *Cartas Pastorales y otras exhortaciones*, tomo II. Madrid, 1898, p. 8.

– Ciencia aséptica

La ideología católico-clerical añadía al concepto de ciencia algo que no concedía a la filosofía, dada sin duda la propia naturaleza empírica de aquélla. Ante la máquina de vapor y sus aplicaciones, como ante las nuevas técnicas de la construcción o de la extracción del mineral, esta ideología no podía sino reconocer los hechos objetivos y la utilidad que ellos comportaban. Por adelantado que no la reconocía exenta del poder divino, pero además, reconociendo su mismo valor intrínseco y su prestigio social reclamaba para sí ante todo y sobre todo su carácter de institución científica y, además, su título de impulsores de los progresos en las ciencias.

Así, en el avanzado 1876, tan significativo opúsculo: *"Restauración de todo por el Corazón de Jesús"*, cómplice del común sentir clerical, afirmaba: "Afuera necios reparos, la Iglesia ha protegido siempre las ciencias y las artes, pero la Iglesia exige a las ciencias el homenaje debido al Señor de todas ellas y quiere que todas las artes se inspiren en El, porque es su belleza infinita: la Iglesia no retarda los adelantos, como si no bendijera los ferrocarriles y los telégrafos". Y en torno a la revolución *Gloriosa* un predicador católico decantaba su pensamiento así: "se encomian a cada paso los adelantos de la industria, los progresos de las artes, la rápida marcha de las ciencias naturales. Yo respeto esos adelantos y nadie más que la Iglesia los ha admirado, ni ha sabido apreciar tanto las artes como ella, ni protegerlas tanto" (18).

Antes de la primera guerra carlista, como ha demostrado Martínez Albiach, como durante ella, como a lo largo del siglo XIX, la postura de la ideología católico-clerical no variará, o por lo menos no de forma apreciable. "Se acepta, observa Portero Molina, la asepsia de la ciencia en la medida que esa asepsia no entrañe independencia ni mucho menos enfrentamiento con las verdades de la fe y siempre y cuando no desvíe a los hombres de sus verdaderos fines, ni pretendan sus conclusiones ser más sólidas o más 'verdad' que aquellas a las que llega el creyente por la fe". Pero, además, para precaver nuestra posible codicia, como asidero, como pasarela para cruzarla, la ideología católica reafirmaba el respeto que el creyente debía acreditar con una lógica jerarquía de saberes, consecuencia de su dimensión espiritual: la existencia de Dios, la necesidad de la religión y de todo aquello que sin requerir prueba alguna, se le imponía como absoluta evidencia. Sobraban, sobraban tantos conocimienos –se chillaba mortificante desde tantas tribunas y foros clericales– innecesarios para ser buenos cristianos, que es lo decisivo y lo que en realidad importa.

(18) SANCHEZ ARCE Y PEÑUELA, A., *Colección de Sermones*, tomo II. Granada, 1868, p. 203.

2.2. Contra los errores del siglo

—Aquella Reforma protestante

Se podría afirmar a la vista de las pastorales, documentos episcopales o sermones escritos... que el protestantismo, escalonado en distintos momentos, era la base de los males y revoluciones del siglo XIX, como la razón su consecuencia inmediata, aunque sólo fuera a simple vista. Pero para la ideología clerical el mal-eje y el mal-bisagra se centraba en la razón, sin la que el protestantismo no se hubiera producido. Debilidades y errores concretos se habían cocido en el único jugo de la Reforma, teniendo que ser así, a la vista de la maldad de su primer apóstol. Las célebres *pastorales* del obispo Costa y Borrás, ahora metafísico en 1865, posiblemente, de vibrante y tensa doctrina en boca de predicadores rajadiablos, interpelaban así a los creyentes: "Lutero reunió lo peor de los demás heresiárcas: tuvo bastante audacia para divulgarlo todo y los que le siguieron demasiada predisposición para acogerlo. Período tristísimo en verdad. Y dichosa la Europa, si los pueblos hubiesen retrocedido horrorizados apenas oyeron los monstruosos delirios de este genio infernal. Rebelión contra las autoridades, anarquía en la Religión y en la sociedad, comunismo, desmoralización completa y, por fin, un desquiciamiento universal. Todo esto y no menos entrañan los principios y las obras de los protestantes. Lutero proclamó: ninguna autoridad, en su obra titulada *Libertad cristiana*; enseñó a sacudir todo yugo, erigió la inobediencia en sistema, despreciando leyes y legisladores y sublevando masas" (19).

Esos males se apalancaban por las esquinas del país amenazando con seriedad la vigencia del catolicismo. Las pretensiones francesas, pese a su marcha, —diluidas, repartidas y fragmentadas— quedaban incubadas en algunos ciudadanos que encontraban su ocasión con las Cortes de Cádiz. Cierto que éstas parecían haber empujado el confesionalismo católico al actuar bajo la advocación de Dios y de la Virgen, pero al mismo tiempo habían abierto las puertas de las libertades para que penetrara el error a voces. Por ello y sin pudor lo declaraba el obispo de Zamora como "el primer paso fue destruir la Inquisición" y el segundo declarar "la libertad de imprenta".

—Nostalgia de la Inquisición

Sin embargo la realidad política de las Cortes de Cádiz fue mucho mayor que su Constitución. La política siempre es un medio para algo, como el dinero por ejemplo, pero un medio. Y el decreto, por el que quedaba abolida la Inquisición era, como acertadamente escribió Tierno Galván, "el coronamiento de la

(19) COSTA Y BORRAS, J. D., *Obras del excelentísimo Sr. D....*, tomo II. Barcelona, 1865, pp. 78-79.

obra de renovación de las Cortes de Cádiz y el punto final de la tradición jurídico-política de la cultura barroca en España. Se podría elegir como símbolo que señalase el paso de lo viejo a lo nuevo. Es verdad que la Inquisición no actuaba, ni había autos de fe hasta hacía cosa de un siglo, quizá algún autillo, como se decía, semejante al de Olavide. Pero no pasaba de quemar en efigie y dar sustos... La cuestión, pues que se llevó a las Cortes y la formidable batalla que hubo que reñir para la abolición, no fue en torno a los actos sino en torno a las ideas. El tribunal de la Inquisición simbolizaba desde sus defensores y sus enemigos, una u otra tendencia, la reaccionaria o la liberal. Se discutía cuál había de ser la estructura política y social de España en el futuro y el acontecimiento definitivo era sin duda la abolición del Santo Tribunal. Los demás temas palidecen ante éste" (20).

A trancas y barrancas podía aceptar la ideología clerical la supresión de la Inquisición, por buena fe y amor a la Iglesia: dos palabras —que en su firmamento— parecían oxidarse, sin el omnipresente tribunal. Su poder de ejemplaridad y protección se echaba de menos así: "La Inquisición nos libertó de los judíos, que sembraban errores y perturbaban la tranquilidad pública. La Inquisición expurgó la España de los moros, que nada perdonaban por volver a usurpar el reino y destruir la religión cristiana... La Inquisición nos libró de luteranos y anabaptistas, que desde los Bohemis e Inglaterra comunicaron sus chispas... La Inquisición nos ha libertado por espacio de un siglo de la filosofía que en Francia ha hecho los mayores estragos. La Inquisición, si no ha impedido los males que padecemos, al menos los ha retardado".

Por tanto, la abolición del tribunal constituía para los hombres de Iglesia un síntoma muy grave, hasta una decisiva conquista de la tolerancia, que pretendía desplazar el influjo de la intransigencia, que ella requería como una exigencia de su religión y del orden que ella legitimaba.

—Temor a la libertad de expresión

Convertida la ideología católica en ardiente especialista de la intolerancia, para ella la misma naturaleza de la tolerancia se erigía en su fuente de desdichas a través de la libertad de imprenta.

Las manifestaciones en este sentido a lo largo del siglo XIX se multiplican hasta la saciedad. Por lo que se refiere a nuestra época (1834-1840) esta libertad de expresión, tras la muerte de Fernando VII, se irá formulando con timidez, hasta que con motivo del restablecimiento de la Constitución de Cádiz a raíz de los llamados *Sucesos de La Granja,* "en lo relativo a la imprenta —razona Artola— se restableció la norma del Trienio, que al año

(20) TIERNO GALVAN, E., *Actas de las Cortes de Cádiz* (Antología), tomo II. Madrid, 1964, p. 1.027.

siguiente quedó incorporada al texto constitucional casi con las mismas palabras: 'Todos los españoles pueden imprimir y publicar libremente sus ideas sin previa censura con sujeción a las leyes'. A partir de esta fecha, la libertad de imprenta es un principio que todos los partidos aceptan y que todas las Constituciones recogen, incluso en los mismos términos liberales, lo cual no impediría la existencia de muy diversas fórmulas de aplicación" (21).

Pegada a su cielo la ideología católica transformaba en error cualquier libro y periódico crítico o trincón con el catolicismo. A finales de siglo, el primer obispo de Madrid-Alcalá, Narciso Martínez Izquierdo, de tan representativo influjo católico-carlista, sostenía, incisivo: "Este libro venerando, el evangelio, se ha cerrado para no leerlo... En cambio se han consultado otros libros; se leen con avidez que asombra esa multitud de escritos que invaden diariamente las cortes y aldeas, la sociedad y la familia, los círculos de los sabios y el taller del sencillo artesano y desterrando del alma el conocimiento salvador de Cristo, se ha proclamado la independencia absoluta del hombre rey y hasta del hombre-dios". Abrumado Izquierdo y con él la clerecía toda, también la vasca, descubría en la libertad de expresión lo que anhelaba descubrir: "La libertad de imprenta no es más que la licencia contra Dios y las cosas santas y aquél que defiende con más empeño esta libertad, es el que siente peor de la Religión" (22).

Una detallada exposición sobre los libros y periódicos vitandos nos conduciría fuera de lugar. Sobrecoge sólo el pensar la larga escabechina condenatoria. Y acechando las raíces del mal la encuentra de nuevo en el protestantismo. Aunque remota en el tiempo "la ideología protestante —se añade en un tomo de sermones, titulado: *Grandezas del catolicismo* —ha inundado de libros nuestras ciudades y muchos han aceptado libros, porque con las premisas que en ellos se sientan, se sacan necesariamente en la esfera especulativa el Naturalismo y el Racionalismo y en la práctica el Socialismo y el Comunismo, tan funestamente fascinadores para todos los que sueñan con los goces de la vida y no aman el trabajo.

— Huida de la modernidad

A la desesperada actuación —individual y colectiva— de la ideología católica se oponían —dinámicas, vivas, experimentadoras- ideologías positivas, racionalistas, krausistas. Demasiada distancia

(21) ARTOLA, M., *La burguesía revolucionaria*. Madrid, 1973, p. 332. Como transfondo conviene señalar de JUTGLAR A., *Ideologías y clases en la España contemporánea (1808-1874)*. Madrid, 1973, 397 págs.

(22) Sobre él, en RODRIGUEZ DE CORO, F., *El primer obispo de Madrid-Alcalá en su circunstancia* (1868-1876): "Cuadernos de Historia y Arte", 1 (1986), pp. 67-105.

se iba a producir entre aquella y éstas. Su posición ultradefensiva iba a asomar la oreja por igual al enjuiciar las distintas corrientes. El Positivismo "parece ser el dominio tentador del siglo XIX —se razonaba— que ha venido a desterrar de nuestra sociedad aquellas nobles ambiciones que forman a los grandes hombres por su patriotismo, por su generosidad, por su abnegación y proverbial hidalguía. El Positivismo, abusando del orgullo inoculado en el corazón humano por el pecado de origen, ha exacerbado el hambre de felicidad (...) y este siglo material, sin levantar jamás los ojos al cielo, se conforma con levantar máquinas, que en tanto que tienden a reemplazar a los hombres, tanto más los hombres tienden a convertirse en máquinas".

Tampoco el Racionalismo de la época podría tranquilizar a la cosmovisión católica con sus condiciones estrictas y sus dogmas de fe. La confrontación se hacía patente cuando afirmaba del racionalismo, "a quien no quiero llamar filosofía, porque no lo es y que niega el orden sobrenatural, es desleal y traidor; y ya que se ve obligado a admitir los hechos que no pueden traerse a discusión ni aún por la más escrupulosa crítica, los desvirtúa, los desfigura y aun los anula (...). Y es un gran triunfo y una brillante corona para la religión católica, el ver que aquellos que no admiten sus dogmas y niegan el carácter sobrenatural de los hechos, se precipitan sin remedio en el abismo de todas las negaciones y en el laberinto de todos los absurdos". La opinión del obispo, de tendencias carlistas, ya mentado, Izquierdo, reflexionaba en cuando al krausismo, que "no tiene de recio sino su horrible impiedad, pero en cambio es sumamente peligroso, lo primero por su refinada hipocresía y lo segundo por su tenacidad con que hace la guerra al catolicismo".

Así pues, cundía y se agrandaba la rotunda condena de todas las nuevas corrientes de pensamiento y de cuanto tenía a la razón por motor. Nada raro que se convocara la situación de Restauración —he aquí la fatídica palabra— después de cualquier ensayo liberal, en nombre, además, del Corazón de Jesús así: "... Hijos del Corazón de Jesús: ese es nuestro primer deber, la sumisión a la Iglesia... Oid y respetad y obedeced a la Iglesia... Todos, sí, todos los católicos debemos ser un solo rebaño bajo, un solo pastor. Este es el gran principio de la Iglesia: el principio de la autoridad en oposición al principio del libre examen, tan válido en nuestros días" (23).

(23) CUESTA, F., *Restauración de todo por el Corazón de Jesús.* ... 1876, p. 12.

2.3. Contra la antipática ideología liberal

— El hecho de la antipatía

Para la ideología católico-carlista, la Iglesia sufría las acometidas de los hijos de la francmasonería que eran los auténticos revolucionarios. El atronador capellán general del ejército de Carlos VII, el obispo de Urgel, Caixal y Estradé, se dirigía en noviembre de 1871 a sus partidarios así:

> "Hace más de cien años que la revolución, parto nefando de las logias masónicas, con los mentidos nombres de filosofía, de liberalismo y ahora con los de socialismo y comunismo y, valiéndose de todos los embustes y supercherías, está sembrando dudas sobre todas las verdades... y está robando a la Europa y al nuevo mundo sus creencias y la moral cristiana, e inocula en las venas de la sociedad presente el veneno de la indiferencia, de la irreligión, de la impiedad y aún del ateísmo, conduciéndola paso a paso a la abolición de todo culto al Dios verdadero, de la familia, de la sociedad, esto es, de toda la obra de Dios, para hacer del género humano una manada de bestias inmundas, que vaguen por los bosques y no reconozcan por Dios sino a Satanás, ni más moral que la de los brutos".

La rotunda lógica clerical del obispo y con él gran parte del clero vasco pensaba en el tardo 1871 que el liberalismo había llenado el corazón católico de demasiados miedos, frustraciones y predestinaciones, como para resultarle amable. La carrera de relevos liberales, por su parte, había atentado, constante y perseverante, contra la naturaleza del catolicismo, aún del menos prejuicioso, del menos deteriorado y del menos dogmático. Si la libertad había de ser respetada y respetuosa, asimiladora de los antagonismos ¿por qué procesaba los comportamientos integristas de gran parte del clero y pueblo vasco, devolviendo a la tiniebla lo que tenía que ser luz?

Pero los males venían de lejos, ya del reinado de Carlos III. Este rey, de funesta memoria, que será considerado con demasiada exageración, como el primer opresor de la Iglesia Católica, no merecía, en opinión de los carlistas, la estima en que se le tenía. Juan Manuel Carlón evocará a Carlos III antes los vizcainos reunidos en Guernica así:

> "Carlos III a quien yo no puedo conceder toda la grandeza que le atribuyen casi todos los historiadores; Carlos III a quien colman de alabanzas y prodigan elogios los partidarios del libre examen; Carlos III, que invocando imaginarios derechos sostuvo un regalismo irritante, llegando a dictar leyes opresoras de la Iglesia santa, que no pueden menos de lastimar a todos los corazones católicos" (24).

(24) Para toda la época del sexenio democrático ver mi libro *La ideología carlista (1868-1876).* En los orígenes del nacionalismo vasco. San Sebastián, 1984, 709 págs.

— Por su naturaleza

Un misionero católico, escribiendo desde Azpeitia sobre el liberalismo, años más tarde (1875), explicará a los soldados carlistas sobre su naturaleza satánica de esta manera:

> "Lucifer fue el primer liberal que dio el grito de igualdad y libertad en el cielo y su bandera ondeó por entre las huestes angélicas. El fue el primero que reclamó sus derechos individuales, declarándose independiente e igual a Dios mismo. Adán y Eva fueron los primeros adeptos".

Por conceptos parecidos andaban por los aires todas las baterías católicas. Un seglar como Cancio Mena no veía las cosas de forma distinta y hacía este análisis de la revolución así:

> "La Revolución no nació el 89 en Francia. Su origen es más antiguo y más alto. El ángel rebelde fue el primer revolucionario. La Revolución es la soberbia erigiéndose en dogma, es el mal sistemático, es el pecado del demonio, es el infierno en el mundo".

Quien se tome el trabajo de estudiar la teoría tradicionalista sobre el liberalismo se tropezará de manos en boca con que los autores ya del siglo XVIII no hablarán de otra manera. Quizás no podían hablar, empequeñecidos conforme a su propia ingeniería. Jefes carlistas de Euskalherría y de otros lugares considerarán las constituciones forjadas por el sistema liberal ateas por necesidad e incluso como diabólicas. Mon y Velasco, en el hervor de los años de la *Gloriosa* llegará a afirmar que el liberalismo era la suma de todas las herejías. El misionero azpeitarra con toda lógica hará el concepto liberal sinónimo de incrédulo:

> "Todo hombre que se descuida entre nosotros en hablar contra la religión santa, contra sus dogmas y Providencia divina, contra la Iglesia santa y sus ritos venerados debe ser expulsado de entre nosotros como liberal o al menos perjudicial a nuestra causa".

La misma sacralización de la muerte en la batalla no quedaba aminorada, sino exaltada por el fanatismo católico, cómplice de la descalificación de la no menos sagrada muerte de los liberales. Con dramática tensión el obispo de Urgel, confidente que sería de Carlos VII, aconsejaba a algunos carlistas, si dudaban de la naturaleza satánica de sus enemigos, que observaran sus cadáveres:

> "Entre nuestros hipócritas enemigos hay tal perversidad y tal refinamiento de malicia, que vivos son el escándalo de los pueblos y muertos horrorizan al mundo pues en el campo casi todos mueren mirando torvamente la tierra con los cabellos erizados y una figura del todo parecida a la horrenda con que es pintado Satanás, mientras los cadáveres de los carlistas vense casi todos con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando al cielo, y con un rostro angelical."

— Por sus leyes anticlericales

El deterioro entre los liberales y gran parte de nuestro clero se anudaba en torno a la legislación de los distintos gabinetes ministeriales. Desde los últimos días de 1833, con el enrolamiento bajo las banderas de Carlos V de algunos eclesiásticos —número exagerado por sus enemigos— el presidente del gobierno Martínez de la Rosa encargaba a los obispos repectivas medidas contra estos clérigos desafectos al gobierno de Madrid. Era el deterioro de las relaciones de forma abierta. Y en él siempre hay voluntades que desertan, desgobiernos, vejaciones y tergiversaciones.

Pero cuando las estructuras religiosas del Antiguo Régimen se iban a ver más asediadas sería con los gabinetes del conde de Toreno, Mendizabal, Isturiz y Calatrava. Se les veía ya venir. El 4 de julio de 1835, con el aplauso unánime de las numerosas juntas en que se había atomizado el poder en el bando isabelino se suprimía la Compañía de Jesús —una vez entre tantas— yendo sus bienes a enjugar la deuda estatal. "El aumento inconsiderado y progresivo —observa Suárez Verdeguer— de monasterios y conventos, el excesivo número de individuos de los unos y la cortedad de los otros, la relajación que era consiguiente en la disciplina regular y los males que de aquí se seguían a la Religión y al Estado, excitaron más de una vez para su corrección el celo de los Reyes de España, el del Reino junto en Cortes, y aun el de la Santa Sede", fueron expuestas como las causas de mayor relieve que impulsaban ahora al gobierno de Toreno a extinguir monasterios y conventos que no tuviesen doce religiosos profesos (25).

Las leyes invasoras liberales destrozarían las páginas históricas de conventos, monasterios y del clero en general, urgida por una ideología no menos atropelladora y ruidosa. Años más tarde, antes de la segunda carlistada, el periódico *La Esperanza* así lo advertía:

> "El sacerdote no es para los revolucionarios un hombre constituido en dignidad; no es tampoco un ciudadano con derechos; no es siquiera un menor, un niño en tutela; es como la conducta que con él se observa lo dice, menos que un ilota, menos que un paria, más que un esclavo. Así se le ha quitado todo derecho a poseer; se le ha despojado de cuanto poseía, y se le despoja de cuanto posee; se violenta su conciencia; se fiscaliza y se amordaza su palabra, teniéndole rodeado de espías que le odian y a merced de esos espías; y se le deja, por último perecer de miseria y de hambre; negándole hasta el más ínfimo salario del trabajo que se le impone.
> ¿Hay aquí exageración? Ojalá la hubiera".

(25) Indispensables para todo el período que corresponde a la primera guerra carlista CARCEL ORTI, V., *Política eclesial de los gobiernos liberales españoles (1830-1840)*. Pamplona, 1975, 530 págs; Id., *Nunciatura de Amat (1833-1840)*. Pamplona, 1982, 375 págs.

—Por la ley de exclaustración y desamortización

Las convicciones ideológico-católicas como sus consiguientes conveniencias políticas censuraron con agresividad máxima la política religiosa liberal. La *Gaceta Oficial* carlista, publicada en Oñate, atacaba con ferocidad en su primer número a Mendizabal, al "detestable Méndez, mercader quebrado de Gibraltar, de religión judía..., primer agente de una de aquellas sociedades tenebrosas que organizó el espíritu del error para subvertir al trono y el altar". Le atribuía sin ambages "la persecución atroz de los suministros del santuario, la depredación sacrílega de los templos y el desarrollo del germen fatal que ha producido la confusión y el desorden". Aludía de esta forma dicha *Gaceta* carlista a la supresión reciente de monasterios del decreto del 11 de octubre de 1835.

Pero el erizado estado de ánimo de la *Gaceta* se atrevía a pronosticar el próximo plan de un despojo total de la Iglesia, para "alimentar con su producto la revolución europea". Aquella política de Mendizábal, la ya realizada y la venidera, para la ideología católica era un sobrado motivo para lanzarse a la guerra religiosa: "¿Y la España sufrirá tal ignominia? —decía—. ¿Consentirá que el patrimonio de Dios, el sudor de nuestros padres, el testimonio respetable de su piedad pase a los enemigos de la Cruz y se emplee en remachar nuestras cadenas y someternos al yugo del oprobio, a la autoridad de un gobierno ateo? No; morir antes que cubrirse de ignominia... Españoles, no toleréis semejante degradación. Vengue vuestra espada tamaños atentados. Herid con mano fuerte la hidra de la revolución. Marchad, Dios os proteja..

Noticias tan punzantes como la prohibición a los obispos de conferir órdenes sagradas rompía la baraja de la convivencia, minando la misma fe y la moral. Los torpes derribos de conventos, sobre todo, en Madrid por "el ignorante Mendizabal" sacaban de quicio a la *Gaceta,* que los consideraba un gravísimo atentado contra la religión y el arte. Pero la noticia de la total supresión de los frailes y la nacionalización de sus bienes producía el escándalo que era de suponer. Así, después de insistir en el carácter irreligioso y antisocial de las medidas desamortizadoras, comentaba con sarcasmo: "Si estos bienes hubieran sido pertenencia de los señores cómicos, fueran una propiedad inviolable, sagrada y todo lo demás; pero son de la Iglesia, son de Dios mismo, y con estos objetos no hay género de miramiento (...). Lo que la piedad de nuestros padres donó a estas casas de religión con cargas determi-

(26) Un recorrido sobre la intolerancia de los clérigos en Guipúzcoa por estos años, en RODRIGUEZ DE CORO, F., *Guipúzcoa en la democracia revolucionaria (1868-1876).* San Sebastián, 1980, 405 págs. A nivel mucho más amplio y con carácter de análisis ideológico, en LABOA, J. M.ª, *El integrismo, un talante limitado y excluyente.* Madrid, 1985, 190 págs.

nadas, pasa a manos de un partido que ha tomado el nombre de pueblo o de la nación; pasa "a cuatro traficantes", enriquecidos con el trabajo ajeno y "a la codicia de especuladores hebreos". La supresión de los conventos –concluía el periódico oñatiarra– ha sido la obra del ateísmo y de una providencia tan impía como ilegal".

4. CONCLUSIONES

1. Pese a la modificación de la estructura básica de la sociedad vasca a lo largo del siglo XIX, apenas se detecta una transformación en la antropología católica. Se podrán advertir adaptaciones, pero el armazón ideológico de la Iglesia permanece inalterable. En 1853 un predicador asegurará que "la Religión se debilita, se disminuye, se adelanta a su ruina a proporción que se perfeccionan los talentos, las artes y las ciencias liberales", pero la disminución se refiere tan sólo al número de practicantes, no a la disolución o desvío de sus principios.

A lo largo del siglo, la trilogía que hemos comentado se expone y se vive en parecidos términos, por parte del catolicismo carlista, como del balmesiano (sin escuelas), como del moderado. El hombre carece de valor por sí mismo, el mundo es una estancia pasajera y sus pompas efímeras y Dios es el inexorable absoluto, presente en cada acontecimiento. De aquí que el católico, apresado por el carlismo o liberalismo –en mucha menor medida– deduzca su incapacidad para mejorar la sociedad, su inutilidad por mejorar las circunstancias y su inhibición ante los asuntos mundanos. Dicha cosmovisión no tiene que soportar una seria competencia por parte de otras nuevas más a la que se dirige el mensaje católico, le continúa fiel y obsequioso, sin excesivos traumas.

2. La Iglesia, que comenzó el siglo XIX, constituida en soporte ideológico de la monarquía absoluta, a lo largo de la centuria se verá desplazada, aunque sin renunciar jamás a sus contenidos y reivindicaciones. La ideología católico-clerical en nuestro período ya militando en la práctica dentro del carlismo o de un liberalismo muy aguado por un sector insignificante, se opuso sentimentalmente a los intentos de transformación de la burguesía, fenómeno común experimentado en otras naciones europeas. Con las mismas elaboraciones con que antes se había defendido el absolutismo fernandino, se defendía ahora el absolutismo del Pretendiente de parecidas connotaciones. Hasta finales del siglo la ideología católica dominante combatíría las limitaciones al poder del rey, la libertad, los cauces constitucionales y formulaciones básicas como la soberanía nacional o el sufragio universal. Todavía, al final del siglo podemos leer la rotunda condena del liberalismo por la jerarquía católica en estos términos: "La diferencia,

pues, que tan frecuentemente hemos oído establecer entre liberalismo religioso y meramente político; aquel impío, malo, condenado por la Iglesia y éste bueno, no irreligioso ni condenado por la Maestra de la Verdad, no existe, carece enteramente de fundamento. Todo liberalismo, sea el que fuere, en política o en religión, o en la vida privada, está comprendido en la condenación del liberalismo por su propio nombre y todo lo que sea error liberal, está incluido en esa condenación. Tampoco, por lo mismo, sostenerse ahora puede aquella especie máxima que a tantos alucinó: que se puede ser católico, muy católico en religión, y liberal, muy liberal en política, o lo que es igual, eminentemente católico y eminentemente liberal".

Así pues, al combatir los intentos y formulaciones teóricas del liberalismo, que conducían a la transformación radical de la sociedad desde perspectivas populares, con las torpezas propias del tiempo y del escaso rodaje, la ideología clerical defendía hasta con acritud y anacronismo el orden estamental, la monarquía absoluta, su monopolio cultural. En definitiva un cuerpo de valores también político de excepcional vigencia, que no sólo colonizaron los primeros cincuenta años del siglo XIX, sino que se hicieron presentes, de una u otra forma, a lo largo de todo el siglo XIX.